

pitadas todo eran dificultades. Con soldados de tierras calientes, en mucha parte indígenas, hubo que batirse, en la región de las nieves perpetuas. Alimento, a veces no se encontraba. La leña, el agua misma había a menudo que trasportarlas. Las marchas equivalían a la distancia entre España y Alemania, por vericuetos que sólo vieron antes, desde el éter, los ojos del cóndor. «Los soldados realistas—escribió Bolívar a Sucre—llevan el triunfo en los talones. Son admirables. Tenemos que aprender a salvar distancias con su misma celeridad».

\*\*\*

Los ejércitos y generales americanos no fueron menos admirables, en la campaña de 1824, que los soldados y generales españoles.

La revolución del norte de Hispanoamérica, representada por Bolívar y la revolución del sur de Hispanoamérica, representada por San Martín, se abrazaron y unieron en el Perú el año 1823. El ilustre San Martín, el mayor de los caudillos y generales del extremo sur, dictador del Perú, se separó abnegadamente de la política y de la guerra, a raíz de sus conferencias con Bolívar. Se separó también de América y se fué a vivir en Europa. «Se sacrificó—dice Mitre, su panegirista argentino—, se sacrificó en aras de destino más alto que el suyo».

Desde entonces la revolución del Norte, representada por los ejércitos del Ecuador, Nueva Granada y Venezuela, y la revolución del Sur, representada por los ejércitos de Argentina, Chile y Perú quedaron en manos de Bolívar. A Bolívar tocó la gloria de terminar las campañas del Sur, como antes terminó las campañas del Norte. Junín y Ayacucho no son triunfos exclusivos del Perú. Fueron obra de todas las naciones de Suramérica; y consolidaron la independencia de todo el continente.

¿Cómo cumplió Bolívar, no ya su papel histórico, sino su papel exclusivamente militar, en la campaña del Perú, venciendo por sí mismo en Junín, y por medio de su primer teniente el general Antonio José de Sucre en Ayacucho?

El mismo lo expuso, cuando de vuelta en la capital del antiguo virreinato de Nueva Granada, exclamó: *Cinco años hace que salí de esta capital para marchar a la cabeza del ejército libertador desde las riberas del Cauca hasta las cumbres del Potosí argentino... El mundo de Colón ha dejado de ser europeo. Tal ha sido nuestra ausencia.*

El aspecto militar de la campaña de Ayacucho por el talento, la actividad y la energía desplegados por ambos combatientes, lo mismo que por las dificultades vencidas y el teatro en que tuvo lugar puede proponerse como modelo, al mismo título que las mejores campañas de Napoleón, al estudiar la historia militar del mundo.

No faltó ni siquiera la nota caballerescas, a cuyo encanto han sido tan sensibles los pueblos de raza española. Nada más caballeresco, en efecto, que la capitulación de Ayacucho, obra del immaculado y generoso mariscal Sucre. Sucre fué «el copo de nieve sobre la charca de sangre». Nada lo caracteriza como esa imagen de su biógrafo mejicano D. Carlos Pereyra.

Los generales españoles de la España europea no quisieron ser menos que los generales españoles de la España americana, y el más caracterizado de

de ellos, después del virrey, escribió al libertador:

*Huamanga, 12 de diciembre de 1824.*

*Excelentísimo señor libertador D. Simón Bolívar*

*Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a Vuestra Excelencia, por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarlo en nombre de los generales españoles, éste su afectísimo y obsecuente servidor, q. b. s. m., José de Canterac.*

\*\*\*

El otro aspecto de Ayacucho es el aspecto político. ¿Quién, qué triunfó en Ayacucho?

No triunfó un pueblo sobre otro pueblo ni una raza sobre otra raza. Triunfó, sobre el espíritu de opresión y de absolutismo representados por Fernando VII, el espíritu de los tiempos modernos. Triunfó el derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos. Triunfaron los derechos del hombre. Triunfaron las fórmulas constitucionales, republicanas, democráticas. Triunfó el principio de las nacionalidades. La bandera de la revolución, que Napoleón Bonaparte dejó caer de sus manos en la Francia invadida y reaccionaria de 1814, la recogió Bolívar y con ella triunfó en América.

¿Hubo divorcio absoluto entre americanos y españoles? ¿Defendían los unos, todos, el absolutismo, y los otros, todos, la libertad? Nada menos cierto.

La mitad de América, la parte ignorante, la masa de labriegos, al servicio del absolutismo e incapaz de comprender ni siquiera la idea de patria, apoyaba a Fernando VII. En cambio, por millares, no por centenas, se cuentan los liberales españoles al servicio de América.

Ayacucho es una de las batallas decisivas de la libertad en el mundo. Y es una gloria indivisa del espíritu revolucionario en los pueblos de alma hispánica. La libraron los españoles de América contra los españoles de Europa, apoyados éstos por aquéllos y aquéllos por éstos. A la sombra de Ayacucho florecen en América, en pueblos de tradición, cultura y lengua españoles, la Democracia y la República.

R. BLANCO FOMBONA

(El Sol, Madrid)

## “Pegaso”

Montevideo-Uruguay

Es una de las mejores revistas nacionales de letras que se publican en el Uruguay.

San Salvador 2309

Montevideo

**Lector:** Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbese! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.